

EDUARDO GALLARZA

El Soviet de los Vagos



COLECCIÓN
LITERADURA

Eduardo Gallarza

El Soviet de los Vagos



Primera edición: febrero de 2013

*Esta obra ha sido negociada a través de AMV Agencia Literaria
www.amvagencialiteraria.com*

© Eduardo Gallarza, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-940906-0-8
Dep. Legal: M-1814-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Nikola Tesla sosteniendo uno de sus inventos,
el bombillo inalámbrico*, circa 1900

Motivo de la solapa biográfica: *Bombilla-bomba tesliana* © Baldiri Llorens Bassols, 2013

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

«Pocas veces una primera novela que escoge el género de las aventuras y mezcla investigación con la búsqueda de una **identidad personal en un marco **histórico** muy determinado nos ha interesado tanto»**

Manuel Quinto — El Ciervo

«Estamos justamente ante una obra renovadora y genial, al ser capaz de transformar el llamado género de **misterio en las paradojas y contradicciones del hombre de nuestros siglos»**

María Antonia Ortega — El Diario de Córdoba

«El gran mérito de este libro reside en su ausencia total de nostalgia o de cualquier lamentación enrevesada. [...] Al hablar de este pasado tan cercano, **Eduardo Gallarza evoca evidentemente las cuestiones que hoy nos preocupan tanto. Es una **clase magistral de Historia**»**

Gérard de Cortanze — Le Figaro Littéraire

«Extraña y **palpitante** novela este **Soviet de los Vagos**. [...] Y una vez pasada la **palpitante** lectura de este libro de suspense, que le puede tener a uno **Sin dormir hasta el alba**, no podemos sino hacernos preguntas sobre el modo en que el autor **nos ha atrapado** en la **ratonera de sus palabras**»
Michèle Gazier — Télérama

«Además de la **calidad** en el más mínimo detalle, la novela reposa sobre la construcción muy certera de una **gran maquinaria**, con el **humor** y la **marrullería** que se imponen. [...] Ya nos olíamos desde hace tiempo que los **economistas** eran unos **prestidigitadores**»
Jean-Maurice de Montrémy — Livres Hebdo

«Y en una época en que más de **600 autores** se conjuran en un frente en pro del aburrimiento, no hallaremos **mejor respuesta** ante esto que colocarnos, durante algunas veladas, bajo el influjo de este **Soviet de los Vagos**»
Guy Konopnicki — Marianne

«Esta novela de un autor superdotado pinta de modo sobrecogedor las intrigas y **corrupción** del París de la III República. **Un humor surrealista** para una lectura descacharrante»
Claire Juillard — Le Nouvel Observateur

«Una novela que es un éxito sin fisuras [...] en la que cada **peripección** surge como la **muñeca rusa** que engendrará a la siguiente. He de decir que no se topa uno cada día con **escritores de este nivel**»
Denis Leduc — À vous livre

«Eduardo Gallarza es un arquitecto literario. **Flash backs**, apartes, recortes de prensa y correspondencia se conjugan magistralmente. [...] Esta novela da muestras de una **imaginación fenomenal**»
Alexie Lorca — Lire

«El lector descubrirá a **Tesla** bajo un aspecto inédito en la novela de Gallarza, que demuestra que un **thriller** puede ser literatura comprometida»
Glas Javnosti — (Belgrado)

«Sabia mezcla de novela de aventuras y de intriga policial, con un toque de espionaje, todo servido con un trasfondo histórico perfectamente recreado, El Soviet de los Vagos es un libro que atrapa en sus redes y del que uno sale ahito de tanto virtuosismo y savoir-faire. [...] ¡Este Soviet es realmente supremo, Monsieur Gallarza!»

Gérard Noël — Livres en liberté

«Eduardo Gallarza nos da con este inmenso Soviet de los Vagos una mezcla de novela policíaca y de espías, salpimentada con un poco de aventuras y una admirable erudición histórica. [...] No es nada desagradable dejarse llevar por la corriente generosa de este fresco repleto de talento, y no hay que perderle la pista a este brillante autor español»

Bernard Quiriny — Chronic'art

«La novela ofrece una perfecta reconstrucción histórica, además de ser un thriller, una parodia, una novela policíaca y una novela de amor»

Borba — (Belgrado)

«Pertrechado de un extraordinario conocimiento de lo que es Francia, su historia y sus costumbres, y su lengua, Eduardo Gallarza urde una novela policial irónica, con fondo de espionaje, de guerra latente y de corrupción»

Raphaëlle Rérolle — Le Monde

«Hay que rendir tributo a la habilidad del autor en la construcción de este laberinto de más de 500 páginas. [...] El autor aporta una dimensión cosmopolita hasta ahora ausente en la literatura española actual»

**Silvia Monros-Stojković Politika
— (Belgrado)**

A Antonio Iriarte

El Soviet de los Vagos

I

EL VIAJE DE BOILLOT

1

LAS ADMINISTRACIONES PÚBLICAS SUELEN asemejarse a cumbres montañosas emergiendo nítidas entre las nubes. Las regiones cimerales, alumbradas por el puro y frío sol de la gloria y los altos destinos, se asientan sobre otras, mal definidas y brumosas, sobre una población de esforzados chupatintas, una maraña de servicios y negociados en la que es fácil perderse.

Hablamos de una época remota —hoy día las cosas son sin duda diferentes—. Hablamos de los últimos años de la Tercera República francesa y de las armoniosas formas neoclásicas de un ministerio cualquiera en el séptimo distrito de París, la ciudad que cantaron los poetas.

En una oscura sala de altas y estrechas ventanas, seis mesas de madera negra se reparten rigurosamente el espacio dejado libre por armarios y archivadores. Cada mañana, frente a las seis mesas se sientan seis caballeros vestidos de negro: Souvestre, Bonnet, Blanchard, Langlois, Martin y Boillot. Un turista chino que por allí apareciera podría tomarlos por los oficiantes de algún rito, solemne y sombrío.

El día entero transcurre en un suave rechinar de plumas y de papel. Las bruscas apariciones y la voz grave del jefe de negociado se integran en el ritual como las intervenciones de un oficiante de casta superior.

De los seis escribientes, Boillot es el más joven, el más aficionado a dejar vagar la mirada por las ventanas del ministerio. A él le va a ser deparado el honor de una aventura disparatada y atroz, una brecha en los endebles muros que separan las vidas ordenadas y felices del caos general del mundo.

A las diez de la mañana de un lunes de octubre, un ordenanza depositó un sobre lacrado sobre la mesa de Boillot. Era un gesto único en los tres años que Boillot llevaba ocupando esa mesa. El sobre contenía un folio del papel espeso y suave reservado al correo de los jefes. Boillot conocía ese tipo de misivas, por las que se requerían los servicios de algún miembro del negociado en otro punto de la galaxia administrativa. Lo raro era que la orden le hubiera llegado directamente, sin franquear las etapas marcadas por la jerarquía. Era por otra parte la primera vez que sus servicios se juzgaban necesarios, y no los de un funcionario de mayor antigüedad. Ponderaba esas dos anomalías, asegurándose de que el sobre iba efectivamente dirigido a Boillot, Jules-Paul-André, cuando Sauvageon, el jefe de negociado, lo llamó desde la puerta. Una vez en su despacho le preguntó con su habitual brusquedad:

—¿Ha sido usted objeto de un requerimiento de servicios?

—Me lo acaban de entregar, señor.

—Es un hecho extraordinariamente irregular. Me han avisado por teléfono hace cinco minutos.

—A mí también me ha sorprendido.

—Usted no está aquí para sorprenderse. No hay nada de qué sorprenderse, recibimos requerimientos de esa clase a diario. Pero los cauces jerárquicos que marca el reglamento deben respetarse. Para mí es una cuestión de principios. Déjeme ver ese papel.

El tacto mismo del folio, indicio de las altas esferas de donde procedía, aplacó la ira de Sauvageon. Lo devolvió después de leerlo, mascullando:

—De todas formas es un atropello —miró a Boillot como culpándolo—: No se quede ahí parado. ¡Vamos, que lo están esperando! De todas formas, no debe de ser un asunto de importancia, si le llaman a usted y no a un oficial de más experiencia.

Boillot estaba acostumbrado a la descortesía de su jefe, y el reglamento le era indiferente.

Con el lujoso papel en la mano, cruzó dos patios, subió tres escaleras y bajó otras tantas, se perdió en una parte del ministerio que no había pisado nunca —alfombras espesas y maderas nobles— hasta casi por casualidad llegar a su destino. Un ujier atlético le quitó la convocatoria de las manos y sin decir palabra lo dejó esperando de pie en una antecámara. Un cuarto de hora después cruzaba el ancho umbral de un despacho que le pareció inmenso, severo y hermoso. Las pesadas cortinas estaban a medio correr, dejando el aposento en penumbras, salvo una mesa de despacho cubierta de papeles y coronada por un macizo adorno de bronce que representaba un ciervo atacado por una jauría. El bronce brillaba suavemente, acorde con el silencio y el lujo austero del lugar. Detrás del ciervo una silueta a contraluz lo invitó imperativamente a sentarse. Durante los primeros minutos y las primeras palabras, Boillot tuvo ante él a un hombre sin rostro, una voz culta y un poco monótona, la voz de quien nunca ha sufrido contradicciones ni ha dudado de sí mismo.

—Tengo su expediente sobre la mesa, señor Boillot, y créame, no lo he elegido al azar. Usted no me conoce. Yo en cambio conozco a todos los que trabajan en este edificio y de todos es usted, Boillot, el que necesito. Voy a proponerle una misión importante, importante y confidencial. Hace quince años, en las trincheras de Verdún, un oficial tenía que saber elegir de entre sus hombres a aquellos capaces no sólo de dar la vida, sino de darla de la forma más útil, pero

también la más dura: solos, entre huestes enemigas, sabiendo que de sus gestos dependía la suerte de una división, de una batalla, de la guerra entera. Entonces me eligieron a mí, como yo lo elijo a usted ahora. Yo era voluntario, Boillot, y entiendo que usted también lo es, libre de aceptar o rechazar..., y en este segundo caso, lo único que le pido es que olvide esta conversación. Le confieso que me planteará serios problemas, pero prefiero pensar, sé que puedo pensar que usted aceptará.

Era un bonito discurso, y Boillot se sentía aturdido. Pero era uno de esos momentos en la vida en que, si no se tenía firmeza, al menos había que aparentar tenerla. Boillot logró enfriar su voz y mecánicamente pronunció la frase con la que solía pedir instrucciones a su jefe:

—Usted dirá, señor.

La silueta se enderezó en su butaca (Boillot vio brillar unas gafas doradas) y la voz fue menos monótona:

—El puesto que usted ocupa, por modesto que sea, requiere dedicación y una absoluta discreción. Le repito, Boillot, que lo conozco a usted y sé que es digno de la confianza que se le ha otorgado. Por sus manos pasan los informes más confidenciales, los asuntos más delicados: está usted por consiguiente al tanto de las tensiones que sacuden al país y de la cada día más difícil posición de nuestro Gobierno. No voy a hacer ahora una clase sobre política, porque ni usted ni yo somos políticos. Tampoco somos militares, en el sentido en el que no llevamos uniforme, pero nuestro trabajo, nuestra función, me atrevo a decir nuestro ideal, es también el servicio a la nación, un ideal difícil de dedicación al bien común, de disponibilidad absoluta, en estos tiempos inciertos...

Boillot dejó de entender el alud verbal que escuchaba. Una parte de su espíritu intentaba arduamente recuperar el hilo del discurso, pero la otra ya había renunciado y se limitaba a guardar la compostura. Ciertas frases más concisas le llegaban como luces en la bruma,

ciertas expresiones le abrían extrañas perspectivas: «guerra sin frente ni cañones», «ejército de sombras», «parálisis del Parlamento». Lo más sorprendente era enterarse de que, incluso bajo las sólidas bóvedas del ministerio, el enemigo tenía ojos y oídos y de que el silencio era hoy día mejor arma que un 75 sin retroceso.

Todo ello concluía en alabanza del «puñado de hombres fieles a la República» en el que Boillot y su interlocutor se integraban. Por encima de la mesa, un sobre idéntico al de la convocatoria pasó de unas manos a otras.

—Ésta es su orden de misión. Prepárese para hacer un viaje de unos dos o tres días. Vuelva ahora usted a su puesto. Acabe su jornada normalmente. No abra el sobre hasta abandonar el ministerio y siga las instrucciones sin desviarse un ápice de ellas. No tengo que recomendarle que no mencione usted su misión a sus colegas. Sus superiores serán avisados. Por motivos de seguridad, no volveremos a entrevistarnos hasta su regreso a París. ¿Está todo claro?

Boillot no pudo sino asentir. La entrevista parecía terminada. El otro apretó un botón y se encendió una lámpara eléctrica sobre la mesa. Sorprendido, buscó un momento y apretó otro. Un timbre sonó lejos. Boillot pensó instintivamente: Éste no es su despacho. La luz de la lámpara revelaba ante él una calvicie acentuada, pero unos rasgos aún jóvenes, una mirada perdida en los fuertes cristales de las gafas, un aire de profesor más que de hombre de acción. Se levantaron, el otro le estrechó la mano con discreto énfasis, algo como: Sé que puedo contar con usted. El ujier entró y acompañó a Boillot hasta el pasillo.

El trabajo de Boillot y de sus colegas se caracterizaba por ser extremadamente confidencial y extremadamente fastidioso. Su objeto podría definirse como la rutina administrativa de los secretos de Estado. No requería dotes especiales, el conocimiento de unas técnicas

peculiares pero sencillas era suficiente. Requería, según se ha dicho, mucha dedicación y mayor discreción, virtudes sorprendentemente difíciles de encontrar en los cuerpos ministeriales. Boillot formaba pues parte de una casta de oficinistas de absoluta confianza, hombres oscuros y silenciosos encargados de los viles papeleos que sostienen las más altas y misteriosas labores.

Pese a sus tres años en el puesto, Boillot aún era un neófito, dedicado a la escoria de los trabajos del negociado. Lógicamente, la misión encomendada venía a colmar sus anhelos y durante el resto del día sintió la presencia del sobre lacrado en su bolsillo como un testimonio secreto de su nueva importancia, un motivo para confusos sueños de gloria.

Un chupatintas ilustre, Joris-Karl Huysmans, empleó todo su dominio del idioma y la violencia de su léxico —que eran grandes— en glosar su triste destino de funcionario condenado a la bazofia de los restaurantes baratos. Huysmans murió de un cáncer de estómago, pero treinta años después los menús habían mejorado mucho y según solía, Boillot cenó con apetito. Había elegido, a una prudente distancia del ministerio, un *bistrot* donde nunca había entrado antes —una precaución que le pareció oportuna—. Se impuso no abrir el sobre hasta acabar de cenar y lo hizo con cautela, cerciorándose primero de que ni el patrón ni los escasos clientes le prestaban atención.

En su trabajo se ocupaba a menudo de cifras y códigos, y suponía que su orden de misión constituiría una misteriosa poligrafía. Eran sin embargo unas líneas escuetas mecanografiadas en buen francés sobre una hoja de papel barato:

Haga entrega de un maletín, actualmente depositado en la consigna de la Gare de Lyon, al señor Joseph Azara, abogado, 60 Boulevard Michelet, Marsella, sin abrirlo y en mano propia. Si el destinatario

estuviera ausente de la ciudad, aguardará usted su regreso y efectuará la entrega.

Se pondrá a disposición del señor Azara, quien le comunicará posteriores instrucciones.

Viajará a Marsella el 9 de octubre, en el tren de las 8.30.

Debajo, habían añadido a mano un número de teléfono y la siguiente frase:

Llame esta noche a las nueve para confirmar sus instrucciones. Pregunte por el señor Legros, de parte de su hermano.

Se trata obviamente de algún asunto de contraespionaje, decidió Boillot. Sorprendido pero complacido por el tufillo de misterio, extrajo del fondo del sobre un billete de tren y dos papeles doblados: el resguardo de la consigna y un billete de cien francos. El billete de tren era de segunda clase. Boillot siempre había viajado en tercera. Contempló los papeles sobre el mármol de la mesa, como si no llegara a explicarse su presencia, como si fueran objetos irrumpiendo por encanto en ese decorado banal, llegados de un mundo hasta entonces insospechado, de esa «guerra sin frente ni cañones» en la que, por inconcebible que pareciera, él estaba llamado a desempeñar un papel. La fecha del viaje era la del día siguiente. Recordó la voz fría y pausada de su interlocutor: «Sus superiores serán avisados», y se estiró sobre su silla, lleno de un extraño vigor. Adiós por unos días a su mesa negra y a los gritos de Sauvageon: ya estaba en Marsella, entrevistándose con ese señor Azara, recibiendo nuevas y misteriosas instrucciones, y en ese momento se supo, sin la más remota duda, miembro de ese «puñado de hombres fieles a la República» que depositaban maletines en las consignas y viajaban de incógnito a ciudades lejanas. En contra de su costumbre, pidió un coñac. Aquella era una noche diferente.

Entonces la puerta del café se abrió de golpe. Se oyeron risas en la calle y al cabo de unos segundos una silueta inmensa tapó completamente el marco de la puerta. Con paso digno, un hombretón avanzó hasta el mostrador. Detrás habían entrado dos personas más, que a su lado parecían minúsculas. Discutían amigablemente. Una voz de barítono —la del gigante— se elevó:

—No, no, querido amigo, no me hable de suerte. Ya sabe usted que la suerte no existe. Sólo existen la Providencia y el Destino. —Se dirigió a la asistencia—: Señores, muy buenas noches. Tienen ante ustedes a un niño mimado de la Providencia. —Se volvió hacia el patrón del bar y añadió—: Vaya sirviendo a estas damas y a estos caballeros lo que deseen. Es mi ronda. Y a mí me pone un pernod como está mandado. Hoy es un día de los que se recuerdan.

La asistencia —Boillot y cuatro jubilados que jugaban a los naipes— no reaccionó, pero el patrón y los recién llegados saludaron la invitación con hurras. Sin fijarse en los jubilados, el generoso gigante lanzó a Boillot:

—Pida usted algo, querido señor, hágame el honor. —Boillot declinó cortésmente y el gigante se puso serio. Dirigiéndose a la mujer que había entrado con él, dijo teatralmente—: Liudmila Andreievna, se lo ruego, tenga la bondad de convencerlo.

La mujer llegó hasta la mesa de Boillot:

—Por favor, caballero, brinde usted con nosotros, hoy ha sido un gran día.

Para mí también, pensó Boillot. Liudmila iba vestida modestamente pero sus ojos tenían un color de joven melancolía al que Boillot no supo resistir. La siguió hasta el mostrador.

Todos bebían y reían. El gigante brindaba con un hombrecillo diminuto. Boillot observó que, pese a lo avanzado del año, llevaban sendos sombreros de paja. El brindis era curioso. El gigante exclamaba: «¡Dandelion, Mister Marriott!», y el canijo respondía: «¡Man O'War, Mister Max!». Los dos vaciaban sus vasos de un trago

y se guiñaban el ojo: «¡Otra ronda, patrón! ¡Así fueran todos los días como el de hoy!».

Los mofletes del gigante eran manzanas escarlatas y su mirada brillaba llena de bondad sobre el mundo. Se inclinó hacia Boillot y le dijo con dulzura:

—El pernod es la única contribución francesa al bienestar de la humanidad. Hoy me sabe mejor que nunca. El duque de Gloucester, verá usted, nos ha hecho un favor a todos... —Se volvió hacia el pequeño—: ¡Hum!, es algo así como una justicia inmanente...

Se echó a reír. Tenía una risa tranquila y musical, la risa de un hombre que sabe comportarse en los vaivenes extremos de la suerte. El hombrecillo —Mister Marriott— también reía, como un canario nervioso. Los dos estaban pasablemente borrachos. Liudmila Andreievna los miraba solícita y mojaba los labios en su vaso. Las rondas seguían y Max el gigante bajaba la cabezota para susurrar a unos y otros frases sobre la Providencia y el duque de Gloucester. El color lechoso de los pernod condensaba la luz de las lámparas. Boillot se sorprendió a sí mismo vaciando su vaso de un trago, y sus ojos empezaron también a brillar. Se encontró al lado de Liudmila, preguntándole quién era ese duque y qué favor tan grande les había hecho.

—¡Ninguno! —se indignó ella—. ¡Es un hombre horrible!

Y con verdadera pasión explicó que Marriott, en su tiempo el mejor yóquey de Inglaterra, había entrenado los caballos del tal duque hasta que éste lo despidió sin motivo y de forma ignominiosa. Pero la Providencia había querido que gracias a los caballos del duque y a los sabios consejos de Mister Marriott, Max y ella hubieran vivido una tarde de gloria en Longchamp. Max ahora exclamaba extático: «¡Caballos ingleses, señores, caballos ingleses!», y besaba sin decoro la frente de Marriott. Dejó un billete en el cinc del mostrador y agitando su sombrero dio la señal de la partida. Quedaban otros bares por visitar.

Un grupo de borrachos que habían ganado en las carreras. Boillot estuvo una vez en Longchamp de niño, al año de terminar la guerra. Recordaba estar subido en una valla, sobre un mar furioso de sombreros, y ver al fondo, en un instante, formas veloces como un único animal ondulante, saludado en su tránsito por el fervor de sus adoradores. La devoción de Max sin duda era extrema —Boillot imaginaba un sombrero de paja, un palmo por encima de todos los demás, y Mister Marriott, leyendo lejos de la muchedumbre listas de caballos y vaticinando los ganadores—. Boillot por lo demás no participaba en el vicio nacional de las apuestas y hasta aquella noche solía ser un chico serio que despreciaba a los borrachos y a los jugadores. Claro que Max no era un borracho, era un ogro bondadoso, una presencia descomunal y amiga que los arrastraba, a Liudmila y a él, colgados de sus brazos, calle arriba hacia otros bares y otras rondas, otras risotadas y el mismo discurso desordenado sobre la justicia inmanente a los caballos ingleses.

Liudmila elegía los bares con un acertado criterio de modestia. Pasó con mueca altiva delante de *La Coupole*, refulgente hormiguero, para entrar en un angosto *bistrot* con restos de serrín en el suelo, dos manzanas más lejos. Su rostro era delicado y atormentado; a cada exclamación de Max todos sus rasgos se contraían de admiración y temor mezclados, como si asistiera a algún fenómeno terrible y espléndido, la erupción de un volcán o una sonora tormenta. Boillot contemplaba la alternancia de nubes y sol en sus ojos con tanta insistencia que Liudmila acabó por sonrojarse. Inmediatamente avergonzado, Boillot apuró su copa para disimular. El alcohol le quemó la garganta. Logró no toser y aprovechando una sonrisa de Liudmila, reunió ánimos para preguntarle: «Y... ¿apuestan ustedes todos los días?», lo cual no era muy original. Después le preguntó si era rusa —otra frase bastante necia: Boillot no sabía hablar con las mujeres—. Sí, Liudmila había nacido en Rusia. Max y ella se habían escapado de allí siendo muy jóvenes, en un viaje terrible atravesando la guerra

civil y las tempestades del Báltico —catástrofes y calamidades como la historia no las había conocido—. Aun así, lo peor de todo era vivir la lenta agonía de sus esperanzas de volver algún día a su patria.

En Levallois había calles enteras donde sólo se hablaba ruso y se soñaba con otras calles perdidas. Los coroneles conducían taxis y las duquesas vendían bordados. El jovial Max era un mozo de equipaje y Liudmila vigilaba a las niñas remilgadas de un internado de postín. Y los parisinos sólo mostraban hacia los exiliados el desdén más absoluto, o peor, una compasión abyecta. Liudmila escupió las últimas palabras, pero las enmendó rápidamente: «Casi todos los parisinos». Boillot se inclinó para agradecer el matiz y añadió solemne:

—Cuenta usted que este parisino ni la desdén ni le tiene compasión; muy al contrario, le ofrece su amistad.

Los dos sonrieron conmovidos.

—Sí —suspiró Liudmila—, llevamos diez años en esta ciudad; ya va siendo hora de que tengamos un amigo francés.

Entre los pernodes, la patética vida de los rusos y esa última confesión, Boillot tenía los ojos húmedos y sacó su pañuelo del bolsillo. El pequeño señor Marriott recogió algo del suelo y se lo mostró:

—Se le ha caído esto, caballero.

Era el billete de tren. Boillot lo agarró con pánico retrospectivo:

—Gracias, muchas gracias. Vaya, si llego a perderlo... —Le explicó a Liudmila—: Mañana tengo que ir a Marsella.

Tenía la vaga y estúpida esperanza de impresionarla y, curiosamente, Liudmila satisfizo esa esperanza:

—¿En tren? —exclamó—. ¿Va a viajar usted en tren mañana? ¡Pero eso es imposible!

—Imposible, desde luego —intervino Max—. Mañana no sale ningún tren de París. Los ferrocarriles están en huelga. —Ante la mueca de incredulidad de Boillot, insistió—: En huelga, amigo mío. Si lo sabré yo, que soy ferroviario... Santa Madre Rusia —añadió con evidente pesar—, éstos son tiempos difíciles.

Boillot lo miraba, intentando recobrar su espíritu para enfocar la catástrofe, y sólo consiguió hundirse del todo en una sima desesperada: acababa de recordar la llamada al señor Legros, de parte de su hermano, que tenía que haber hecho a las nueve. ¿Qué hora era ya? El servicial señor Marriott consultó su reloj de bolsillo. Las once menos cinco. El vaso de Boillot se le escapó de los dedos y fue a rodar sobre el serrín del suelo. Su primera misión fracasaba antes de haberse iniciado.

Y Max demostró entonces ser un hombre de inmensos recursos. De nuevo exultante exclamó:

—¡Nada está perdido, la huelga aún no ha empezado! Esta noche sale a las once y media el expreso de Ventimiglia, que tiene parada en Marsella. ¡Usted viajará en ese tren, tenemos el tiempo justo!

Era sencillísimo... o Boillot estaba ya suficientemente empapado para que se lo pareciera.

Fueron en taxi hasta la Gare de Lyon. Boillot se sentía inundado de gratitud, de excitación, de sorpresa. No había tiempo de nada, pero nada tenía importancia, salvo un taxi recorriendo veloz las calles —y un tren expreso, más veloz aún, lanzado en la noche hacia el Sur—. Llegaron a la estación a las once y diez. Los arcos voltaicos arrojaban una luz fría y gris. Max había bebido mucho más que Marriott y Boillot juntos, pero encabezaba la comitiva con paso firme y mente lúcida. Liudmila corría a su lado dando palmas, y el señor Marriott trotaba zigzagueante pero digno, con su reloj en la mano para cronometrar la salida del tren. Los últimos atisbos de cordura desertaron entonces la mente de Boillot. Echó a correr hacia los andenes, pero a los tres pasos las manos de Max cayeron pesada y amistosamente sobre sus hombros:

—Tranquilo, hombre... Déjeme ver su billete. Bueno, éste no le vale. Vayan los tres a sentarse en la sala de espera.

Boillot no pareció entenderlo. Se quedó como una estatua perpleja en medio del vestíbulo, siguiendo con la mirada a Max, que

se perdía al fondo de la sala, recorría la fila de taquillas oscuras y desaparecía. El minuterero del gran reloj de la estación prosiguió su indiferente carrera.

Muchos pasajeros se apresuraban. Era el momento de los besos de despedida, los carros cargados de maletas y las miradas a los relojes. El vestíbulo se vaciaba y los andenes eran un febril ir y venir. Boillot seguía plantado, incapaz de moverse o de reprimir un temblor que sacudía todo su cuerpo. Marriott se balanceaba flemático sobre los talones y Liudmila dijo algo que Boillot no oyó: Max estaba de repente allí, rubicundo y feliz, tendiéndole un sobre azul.

—Por una afortunada coincidencia sólo quedaban coches cama; va usted a viajar como un gran duque.

Boillot recobró el movimiento y hasta logró tartamudear algo, mientras se aferraba a la mano de Max con pasión.

—Y nos quedan todavía ocho minutos —añadió éste—, hasta podemos acercarnos al *buffet* a tomar una última copa.

Boillot negó violentamente tal posibilidad con la cabeza y metió el sobre de la reserva en el fondo del bolsillo.

El señor Marriott preguntó con voz algo pastosa:

—Por cierto, ¿no lleva usted equipaje?

Y entonces una idea atroz estalló en la cabeza de Boillot. Sacó la mano del bolsillo. Sus dedos blandían un papel arrugado y su voz chirrió:

—¡No puedo irme, tengo que recoger una maleta de la consigna! ¡No puedo irme sin esa maleta!

Max no pidió explicaciones. Le arrancó el boleto de la mano y echó a correr gritando:

—¡Súbase al tren, yo me ocupo de esto! ¡Marriott, métalo en el tren!

Recorrieron el andén jadeantes, esquivando, empujando, derribando a los demás viajeros rezagados, hasta ver en los vagones oscuros las anchas y magníficas letras de la Compañía Internacional

de los Coches-Cama. El revisor, al pie de la escalerilla, alzó las cejas ante el desafortado trío. Tomando el billete de Boillot constató gélidamente:

—El señor no lleva equipaje.

—Ahora se lo traen —aseguró Liudmila.

Boillot la miró desesperado:

—Liudmila, no creo que Max lo consiga. La consigna está seguramente cerrada.

—¡Claro que lo conseguirá! Max trabaja aquí y se conoce la estación como la palma de la mano. ¡Ya abrirá la consigna si está cerrada! ¡Métase en el tren!

En lo alto de la vidriera, el inmenso reloj luminoso marcaba exactamente las once y media. Adiós, pensó Boillot, extrañamente sereno. Mierda de huelga. Marriott comentaba en tono pedante, con su reloj en la mano:

—Los relojes de las estaciones siempre adelantan cinco minutos, para que al verlos la gente se apresure, es bien sabido.

Cinco minutos de aplazamiento, pensó Boillot sin mayor esperanza.

En un punto indeterminado de la noche la locomotora dejó escapar un silbido impaciente y el revisor pronunció el ritual:

—¡Señores viajeros, a los coches por favor!

Al segundo, Liudmila y Marriott alzaron los brazos a la vez, gritando:

—¡Aquí, *zdiés, here!*

Max parecía volar por el andén, maletín en mano como una bandera de triunfo. Se lo alcanzó a Boillot y éste estuvo a punto de caerse del pescante por el peso del bulto. La locomotora soltó chorros de vapor, suspiros, bufidos, chirridos como un monstruo desperanzándose. Max caminaba al lado del tren y comentaba:

—Una última cosa: en Marsella hará calor, usted no lleva la ropa adecuada.

Con un gesto de prestidigitador cambió su sombrero con el de Boillot. El fieltro de Boillot le quedaba como un dedal sobre un huevo. Con una mano lo sujetaba y con la otra tendió algo que Boillot alcanzó a coger antes de que el tren lo rezagara. Era un billete de mil francos, nuevecito y bien doblado. Aún oyó la afable risa del colosal filántropo:

—Cuéntenos cómo le ha ido cuando vuelva a París. Pregunte por mí en Longchamp. Todos conocen a Max...

La estación se alejaba. Boillot cerró la portezuela y cayó sentado en el pasillo. El sombrero de paja fue rodando hasta los pies del revisor.